

**Reseña del libro Héctor Jiménez, *El 68 y sus rutas de interpretación: una historia sobre las historias del movimiento estudiantil mexicano*, Fondo de Cultura Económica, México, 2018, 384 p.**

Jaime Ortega.  
Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.  
[jortega@correo.xoc.uam.mx](mailto:jortega@correo.xoc.uam.mx)

Recibido: 4 diciembre 2018

Aprobado: 23 enero 2019

El libro *El 68 y sus rutas de interpretación: una historia sobre las historias del movimiento estudiantil mexicano*, originalmente presentada como tesis de maestría en historiografía en la Universidad Autónoma Metropolitana, aspira a convertirse en un texto obligado para los estudios venideros sobre aquel crucial año. La capacidad de síntesis y la manera en que se traman las diversas formas de asedio a un año considerado como un hito, convierten al libro de Héctor Jiménez en un aporte significativo dentro de la amplia gama de publicaciones aparecidas durante el 2018.

El primer capítulo presentando por Jiménez Guzmán aborda un tipo de literatura, al que denomina de manera original, como “los escritos de la conjura”. Un variopinto cúmulo de textos que entre 1968 y 1972 aparecieron con la finalidad clara y abierta de desprestigiar al movimiento estudiantil y colocarlo, en distintos niveles, como el resultado de una gran conspiración. Los “escritos de la conjura” son variados, hoy sirven como material para repensar la pobreza de la narrativa del conservadurismo, pero también para echar al vuelo la imaginación sobre las supuestas oscuras tramas que alentaban la protesta. De Luis Spota a Salvador Borrego, de *El Móndrigo* a los *Juegos de Invierno*, se deja sentir toda la rabia y furia contra el movimiento, la juventud y la amenaza de revolución que los conservadores veían como inminente.

El análisis del autor es mesurado, concede lo suficiente a una literatura que se volvió marginal con el desarrollo de la historia posterior. Permite ubicar los fantasmas y las obsesiones de los poderes (el presidente, el PRI, el ejército) y sus corifeos: la amenaza era de color rojo (típica trama comunista), pero también verde olivio (por la revolución cubana); pero lo fue además amarilla (por el maoísmo chino); aunque para otros era sobre todo tricolor (por la supuesta intervención de Carlos Madrazo). En el centro, la geopolítica, la defensa del supuesto estatuto progresista de la Revolución Mexicana y la invención de intentos inverosímiles del derrocamiento de Díaz Ordaz (igual priístas resentidos, que agentes de la CIA o de la KGB). Así aparece la mezclansa de ideologías, la confusión de tendencias y el desorden en las calles como grandes operadores para justificar la represión. El elemento de unidad que tiene ese crisol de experimentos narrativos es el de poner en tela de juicio cualquier crítica a la forma de actuar del gobierno en turno.

El segundo capítulo, más breve que el primero, abrevia sobre lo que el autor denomina “los escritos de la cárcel”. En realidad en dicho apartado se traman distintas lógicas discursivas, tensiones, perspectivas; todas en el espacio de reclusión. Esta forma del relato se asocia a lo que Bruno Bosteels ha denominado como el “melodrama” alrededor de distintas figuras del 68 mexicano. Dichas lógicas convergen en el espacio de disputa que es Lecumberrí: lugar de aprisionamiento, pero también de oposición; lugar de opresión física, pero también de liberación del discurso. En dicho espacio se trama la alternativa que los corifeos del poder propagan a partir de los “escritos de la conjura”.

El autor revisita con este tema, de hecho, el tránsito de una memoria cuyo estatus es de subordinada a central. Se trata del discurso épico del líder, que expone su propia posición en tanto que participe privilegiado del drama de la historia reciente; lo hace como testigo,

pero también como víctima. En el melodrama la ética se impone a la política. La operación aparece entonces con todo su potencial; siendo el libro de Poniatowska el que más páginas ocupa en su análisis: el juego de la autora que va de la cárcel a la conformación de una lista de imprescindibles líderes que construyen *el gran relato*. El conjunto pasa de la oposición y resistencia de sus discursos a la centralidad, se vuelven la voz privilegiada. No se puede decir nada del 68 sin ellos: su relato alumbra puntos, dilemas y debates; pero condena al ostracismo y el silencio a cientos de miles que no son líderes, que no cayeron presos, que no estuvieron en el drama de la historia. En el análisis del autor esto aparece como un asomo, apenas una sugerencia, pero que se vuelve el punto de arranque para las disputas más candentes, que eclosionaran hacia finales de los años noventa con fuerza.

El tercer capítulo, uno de los más amplios, se titula “los ensayos de la ruptura”. En él se condensan numerosas interpretaciones que, sin pretenderlo, buscan dar panoramas de más largo aliento sobre el significado, las transformaciones y las perspectivas que generó el movimiento. Si bien el recuento lo lleva a englobar producciones como las de Ramón Ramírez, Sergio Zermeño, Jorge Carrión, Sol Arguedas, Daniel Cazéz, entre otros; lo cierto es que el capítulo moviliza de manera significativa los destinos de tres nombres: José Revueltas, Octavio Paz y Carlos Fuentes.

Ya desde el enunciado de estas tres personalidades es posible imaginar el calado y la importancia del capítulo. A partir de estas tres miradas, de su ubicación en las coordenadas teóricas y políticas, pero también en los efectos que han tenido las producciones del trío intelectual, se asedian consideraciones más amplias. Así, entre Paz y Revueltas, el autor detecta que las historias han preferido al segundo, pues mantuvo siempre su lealtad con la movilización de una nueva vanguardia política; en cambio el primero fue relegado al

ostracismo y sólo sus repetidos (Krauze, Zaid, Sheridam) han insistido, a pesar de las pruebas documentales, que este no sólo no renunció al Servicio Exterior, sino que además siguió cobrando. Caso apartado, pero significativo, es el de Fuentes, quien se engachó en el efecto post-68 de la supuesta apertura democrática comandada por Echeverría, que dejó importantes derramas para la educación pública y no pocas canchales para intelectuales que se pronunciaron abiertamente en la disyuntiva “Echeverría o el fascismo”.

El recurso de acudir a tres de los más importantes intelectuales de la segunda mitad del siglo XX sirve para dibujar trayectorias, comparar y matizar sus opiniones en el conjunto del efecto del 68. La de Revueltas es la del compromiso, después mancillada por los intentos de “desmitificarla” de manera burda y grosera por González de Alba, pero que en la memoria moviliza la idea de lealtad y el desinterés por lo individual. La de Paz como un gran momento crítico, aunque no tan radical como sus herederos lo presentan y que a la postre se disolverá cuando el “rey se hizo cortesano” como calificó Enrique González Rojo a la confluencia ideológica del poeta con el salinismo. Finalmente la de Fuentes, una voz autorizada, respetada, admirada; pero cuya ingenuidad lo llevó a depositar la idea de ruptura en un individuo de dudosas credenciales. En el tablero dispuesto, las grandes plumas del país movieron sus piezas.

El capítulo cuarto, versa sobre “las interpretaciones militantes” y se trata, desde mi punto de vista, de uno de los más apasionantes capítulos del libro, pero también de la historia de la nación. Para quienes zurcan los caminos de la historia de la izquierda este se presenta como un motivo de reflexión y de interpelación directa. Comencemos con el tema más puntiagudo: el papel del Partido Comunista y la interpretación que del 68 se hizo en esta corriente. Es notable una tensión en la escritura de Jiménez, pues de un lado acepta el lugar

común del partido que no es la vanguardia que debería de ser (siguiendo acriticamente al Revueltas del 62 que postula la “inexistencia histórica” del partido, pero también la confianza ciega en la URSS); pero por el otro muestra las tensiones de una corriente histórica marginal y minoritaria, pero firme en sus convicciones.

Sobre la base del análisis de los textos de Gilberto Balam, Edmundo Jardón y Gerardo Unzueta (de este último se cita equivocadamente el título de su libro, cuya versión correcta es “Sobre el movimiento estudiantil-popular”) el autor realiza un balance muy sugerente sobre algo que, aclara, aún está por investigarse a profundidad. Si la “escritura de la conjura” colocó a los comunistas en el centro, habría que preguntarse qué lugar y que palabra tuvieron estos. Más allá de las versiones posteriores, que realizaban operaciones de silenciamiento en donde el comunismo era o bien la traición permanente (como si el Partido Comunista Mexicano -PCM- fuera su hermano francés) o bien se le endilgaba un oportunismo de época (como muchos “ex líderes” que señalaron que el levantamiento de la huelga había sido auspiciado por este partido, así como negociaciones de alguna índole con Díaz Ordaz); lo sugerente es pensar el movimiento dentro de la vida de un partido que buscaba salir de una prologada crisis. Ausente –comprensiblemente, dado que no es su objetivo– la historia del PCM venía sufriendo un vuelco tras los convulsos años del 58-59, en donde se daba la renovación política y teórica (que colocó a Unzueta de un lugar periférico a uno central), así como una ampliación de miras (por ejemplo con el diálogo con la revolución cubana). Todo ello devino en los intentos de rehabilitar la movilización campesina en clave democrática (con el Frente Electoral del Pueblo) y en cuyo sendero se llegó al hasta el distanciamiento del hermano soviético (cuyo clímax es la condena de la invasión a Praga). El 68 expresa para el PCM un gran momento, en donde se capitaliza la crítica del periodo previo y se consolida

una versión que terminará, en la década siguiente, abrazando el problema de la democratización del régimen como la clave de su identidad.

El capítulo quinto es uno de los más inteligentes y originales. En este se exploran la lucha contra el mito que se establecen sobre el 68. Lo curioso es que son justamente los forjadores del *gran relato* del 68, los principales enganchados en derribar aquello con los que no están de acuerdo. Desde distintas posiciones políticas, se arremete contra el *gran relato*, desde él mismo. Así, Álvarez Garín lo hace desde la izquierda militante; Guevara Niebla desde un democratismo nada radical; Perelló desde la irreverencia y González de Alba desde una posición híbrida que reivindicaba el tono festivo, desde un conservadurismo (cada vez menos) encubierto.

Así, en una pugna de todos contra todos, los distintos “dirigentes del 68” aprovecharon los recursos simbólicos ganados a lo largo de las décadas. El artículo periodístico, el libro académico, el espacio de radiodifusión, coincidieron en la época en la que se comenzó a establecer una visión canónica del 68 como momento democrático, civilista, pacífico y reivindicable como ningún otro. En este capítulo se cierra con maestría la trayectoria de quienes canonizaron una forma de entender el 68, aunque después buscaran horadar el relato de otros.

El sexto capítulo se titula “Los inventarios de la violencia” y en él se trazan las distintas comisiones que desde los años noventa aparecieron para buscar esclarecer lo sucedido. Tiene dos segmentos fuertes; por un lado la descripción de las Comisiones y la Fiscalía que en los primeros años del siglo XXI enfrentaron con los dilemas de un poder que buscaba la opacidad, aún cuando declaraba la transparencia, así como la de figuras decadentes que seguían manejando el mismo discurso que 30 años atrás. El segundo corresponde a un

relato que se ha vuelto dominante en gran parte de la literatura: las tensiones el esclarecimiento puntual y prístino de lo ocurrido en Tlatelolco.

Esta segunda parte es quizá la que más haga reflexionar, pues el autor repasa los múltiples testimonios, las contradicciones entre ellos, los recursos que utilizaron Julio Scherer, Carlos Montemayor, entre otros; así cómo las múltiples investigaciones por saber quien fue, en última instancia, el responsable del caos de aquella tarde. El relato se vuelve laberíntico, pero expresa la obsesión por el 2 de octubre. Aún cuando se ha pluralizado la visión sobre el 68, sigue siendo este el gran trauma, el gran episodio a alumbrar, la gran incógnita.

Podemos finalizar señalando que nos encontramos frente a un libro ágil, inteligente y bien razonado. Un aporte que permitirá establecer las coordenadas para abordar los múltiples materiales que aparecieron en el año 2018, tras las variadas conmemoraciones, que, junto a una coyuntura política inusitada, elevó el canon del 68 como relato hegemónico (aún con sus diversidades y contradicciones): el del movimiento exclusivamente democrático, el de la juventud desinteresada, el del pacifismo. Servirá, igualmente, para pensar aquellas reflexiones que por la temporalidad o el tipo de investigación no pudieron ser abordadas, como lo son el significativo libro de Susana Draper, las variaciones sobre la memoria que ha hecho Eugenia Allier, la continuación de las investigaciones sobre Octavio Paz y Emilio Uranga de Jacinto Rodríguez, las poco serias reflexiones de Joel Ortega en su *Adiós al 68*. Igualmente para pensar novelas como la de Fabrizio Mejía o bien, el último coletazo de los “escritos de la conjura”, cuya versión actual es la serie *Un extraño enemigo*. Estamos ante un libro que es también una brújula.